

LA ARQUITECTURA DEL CARTEL

Cartel: Efectos de lo real en la ciencia, la cultura y la práctica analítica

Rúbrica: Lecturas Fundamentales

Modalidad: Cartel ampliado interprovincial

Integrantes: Graciela Brodsky (Más Uno), Omar Asán, Adriana Casanova, Gastón Cottino, Ricardo Gandolfo, Laura Magadán, Jimena Robles Ávalos, Sohar Ruiz, Carlos Vercelli, Daniela Villalba.

Cartelizante: Jorge Luis Rivadeneira

Rasgo: La introducción de los objetos de la ciencia en el cuerpo.

Rinoplastía, Mentoplastía, Otoplastía, Blefaroplastía, Lifting Facial, Lipolifting, Minilifting facial, implantes faciales, Liposucción y Lipoescultura, Mamoplastía con sus variantes (para aumentar la mama, para reducirla, para elevarla), etc., son algunas de las ofertas para el público y un fenómeno que trajo aparejado un sinnúmero de discusiones al interior de las obras sociales por ejemplo, y donde sólo algunas pocas, incluso como promoción de sus coberturas, incluyeron en algunos de sus programas y planes, lo más costosos por supuesto. Todo ello va de la mano de la búsqueda de objetos introducidos por el discurso de la tecnociencia como sustituto del discurso del amo.

Dice Gustavo Dessal en su libro *Inconsciente 3.0*: “La relación traumática del ser hablante con la experiencia del cuerpo, fragmentado en el plano de la imagen y agujereado por la acción del significante, predisponen a una avidez mística por los fantasmas de superación. La vivencia insoportable de la castración (la de aceptar que somos finitos y limitados en lo que respecta al goce que podemos alcanzar) contribuye a fidelizar cualquier proyecto que augure un horizonte de totalidad. De la cirugía estética a la promesa de una procreación ‘a la carta’ puede trazarse un arco que persigue un propósito claro y que dispone de una clientela cautiva: el sujeto y sus vicisitudes con la castración.”¹

Adiós entonces a los imposibles. La aparición de la anestesia en 1844 y de la antisepsia en 1867, implicó un corte en la historia de la cirugía estética, ya que puso a la voluntad anhelante del yo por delante de la necesidad “biológica” o del riesgo de una persona. Si en el Egipto faraónico se preocupaban por los efectos de sus intervenciones, como demuestra el uso del papiro quirúrgico (1600 a.C.) donde se usaban tendones de animales para reconstruir una nariz fracturada; o durante el siglo XVI donde se usaba la cirugía de nariz para remediar los efectos nefastos de la sífilis usando colgajos de los brazos para la reconstrucción; la pregunta que emerge hoy es qué es aquello que hay que reparar, ya no de una parte del cuerpo, sino de algo más íntimo, algo de más acá del cuerpo del sujeto, principalmente vinculado a un real ya explicitado por Freud: la caducidad del propio cuerpo.

Así como el Psicoanálisis abrió las puertas para ubicar un deseo que se le escabulle al viviente, pero a partir de lo cual también habilitó pensar que es posible desear más allá de lo posible, la Tecnociencia no tuvo más que aprovechar la conjunción del avance de los descubrimientos en el campo científico y del saber expuesto a cielo abierto, para ofrecer la mágica seducción de objetos, donde confluyen no solamente los distintos saberes, sino también el discurso llamado Capitalista como su complemento.

¹ Dessal, G. (2019) *Inconsciente 3.0*, Barcelona: Xoroi. Pág 86-87.

Por otro lado, y al unísono con lo anterior, la lógica de los Derechos inauguró uno fundamental: el derecho al goce. Así también lo destaca Miller en la Teoría² de las parejas cuando plantea que Lacan dio un paso decisivo al pasar de la Cosa como lo prohibido, a ubicarla en el corazón del sujeto con el término Parletre. El Goce ya no es aquello que queda por fuera, sino lo más propio del sujeto. Desde esta perspectiva, el derecho al goce, separado de la responsabilidad subjetiva, define un campo donde cualquier interrogante viene al lugar de la moralización y el descrédito, sumando puntos para la Tecnociencia.

Sin embargo, tanto para el deseo como para el goce, no hay cirugía que alcance, incluso porque en la demanda que instauran, injertan directamente las adiciones, al decir de Sinatra, que la vida contemporánea parece precisar. No hay cirugía para el goce, no es posible extirparlo, y los Analistas sabemos que ni siquiera el inconsciente pudo hacerlo con todas sus artimañas.

Así lo pudo manifestar Miller al que parafraseo, tomando como referencia la presentación realizada en Rusia, al referirse al Lapsus, en tanto éste, habitando el interior de los pensamientos, no es más que el producto de un Otro más “poderoso” que actúa como un tumor al que el sueño de la cirugía no puede quitar.

Entonces, si bien el empuje a gozar a cielo abierto tiene derecho de ciudadanía, no es menos cierto que lo extranjero que habita en el ser hablante, hace de límite por la vía directa de la insatisfacción que Lalangue, con sus perforaciones, introduce. Insatisfacción satisfactoria, marcando, por el momento, que el sueño de la inmortalidad no comparte territorio con el goce de la vida. No hay bisturí para la Castración, porque la herida que se intenta suturar, comparte topología con el cuchillo Baudelairiano.³

² Miller, J-A (2008) El Partenaire-Síntoma, Buenos Aires: Paidós.

³ Soy la herida y el cuchillo,/soy el esclavo y el yugo,/el penado y la prisión,/la víctima y el verdugo. En Las Flores del Mal de Charles Baudelaire (2004) Editorial EDAF.